

31 – Confianza

Posted on January 01, 1970 by Néstor Martínez

Filipenses 1: 19-20 = Porque sé que por vuestra oración y la suministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación, conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, o por vida o por muerte.

Con toda confianza, como siempre. Esa es la ruta. NTV: *porque sé que la oración de ustedes y la ayuda del Espíritu de Jesucristo darán como resultado mi libertad. Tengo la plena seguridad y la esperanza de que jamás seré avergonzado, sino que seguiré actuando con valor por Cristo, como lo he hecho en el pasado. Y confío en que mi vida dará honor a Cristo, sea que yo viva o muera.* Plena seguridad y esperanza, hermosos sinónimos divinos de confianza.

La palabra “**confianza**” parece sencilla, casi cotidiana, pero en realidad es una de las columnas invisibles que sostienen la vida humana. Sin confianza, el mundo se vuelve inhabitable: no podríamos salir a la calle con tranquilidad, establecer vínculos, construir proyectos ni siquiera levantarnos cada mañana con una mínima expectativa de sentido. La confianza es ese puente silencioso entre lo que somos y lo que esperamos, entre lo visible y lo invisible, entre la fragilidad humana y la promesa de algo más grande. Desde una perspectiva bíblica —pero no encerrada en lo religioso, sino abierta a una comprensión profunda del mensaje del Reino de Dios— **la confianza no es ingenuidad ni pasividad**.

No es cerrar los ojos ante la realidad ni repetir frases vacías para evitar el dolor. La confianza verdadera es lúcida, valiente y activa. Es una decisión que se toma incluso cuando la evidencia no favorece, incluso cuando la historia personal o social parece contradecirla. En los textos bíblicos, la confianza aparece una y otra vez como un acto profundamente humano: Abraham saliendo sin saber adónde iba, Moisés enfrentando estructuras opresivas, los profetas hablando en medio de pueblos que no querían escuchar, Jesús caminando hacia el conflicto con una serenidad que no se explicaba desde la lógica del poder. Ninguno de ellos vivía en una burbuja. Conocían el miedo, la incertidumbre, la traición. Pero había algo que los sostenía: una confianza que no dependía de las circunstancias, sino de una convicción interna sobre el carácter de Dios y el sentido último de la vida. Esa confianza, en el evangelio del Reino de Dios, no se limita a una creencia abstracta. Está profundamente ligada a la vida cotidiana. Se expresa en cómo tratamos a los demás, en cómo administramos nuestros recursos, en cómo enfrentamos la injusticia, en cómo respondemos al dolor. No es solo el voluntarismo de “creer que todo saldrá bien”, sino vivir de tal manera que el bien tenga espacio para manifestarse. En el plano social, la confianza atraviesa una crisis evidente. Las instituciones pierden credibilidad, las palabras parecen vaciarse de significado, las promesas se rompen con facilidad. Vivimos en una cultura donde muchas veces se premia la sospecha y se castiga la vulnerabilidad. Confiar, entonces, puede parecer un acto riesgoso, incluso ingenuo.

Sin embargo, la alternativa —vivir desconfiando de todo y de todos— genera un desgaste emocional y espiritual enorme. Aquí aparece una dimensión clave: **la confianza no es lo mismo que credulidad**. Confiar no significa dejar de pensar ni renunciar al discernimiento. Significa, más bien, elegir cuidadosamente en qué y en quién depositar el corazón, sabiendo que siempre habrá un margen de incertidumbre. La Biblia no idealiza a las personas: muestra líderes con errores, comunidades con conflictos, discípulos que dudan. Y, aun así, insiste en la posibilidad de confiar, no porque todo sea perfecto, sino porque hay una fidelidad más profunda que atraviesa las imperfecciones humanas. Desde una mirada objetiva en lo ideológico, la confianza también tiene implicancias concretas en la organización social. Las sociedades con mayores niveles de confianza tienden a ser más cooperativas, más innovadoras y más estables. Cuando la confianza se erosiona, crecen el individualismo extremo, la fragmentación y la violencia. Esto no es solo un problema “espiritual” en el

sentido abstracto, sino una realidad medible en la vida cotidiana. Ahora bien, ¿Cómo se construye la confianza en un mundo que constantemente la pone en duda? No hay fórmulas mágicas, pero sí prácticas concretas que pueden ayudarnos. **En primer lugar**, la coherencia. La confianza crece cuando hay una correspondencia entre lo que se dice y lo que se hace. Esto vale tanto para las relaciones personales como para las instituciones. En términos bíblicos, Jesús lo expresa con sencillez: que el “sí” sea “sí” y el “no” sea “no”. Parece básico, pero en la práctica es revolucionario.

Ser coherente no significa ser perfecto, sino ser honesto, reconocer errores y aprender de ellos. En segundo lugar, la escucha. Confiar también implica abrirse al otro, darle espacio, reconocer su dignidad. En una cultura donde todos hablan y pocos escuchan, prestar atención genuina se convierte en un acto profundamente transformador. La confianza no se impone, se construye en el encuentro. **En tercer lugar**, la memoria. Recordar momentos en los que la confianza fue recompensada, en los que la fidelidad se hizo evidente, ayuda a sostenerla en tiempos difíciles. La Biblia está llena de recordatorios: “acuérdate de...”. No es nostalgia, es una forma de anclar la esperanza en experiencias reales. **En cuarto lugar**, el sentido del humor. Puede parecer extraño incluirlo en un análisis espiritual, pero **el humor sano es una señal de confianza**. Nos permite relativizar nuestras propias ansiedades, reírnos de nuestras torpezas, no tomarnos como el centro del universo. Una persona que puede sonreír en medio de la dificultad no está negando el problema; está afirmando que el problema no tiene la última palabra. Imaginemos una escena cotidiana: alguien pierde las llaves y empieza a culpar a todos, a revisar compulsivamente cada rincón, a desesperarse. Otra persona, en la misma situación, respira, hace una pausa, incluso bromea sobre su distracción, y luego busca con calma. El resultado puede ser el mismo —las llaves aparecen o no—, pero la experiencia es completamente distinta. La confianza cambia la manera en que atravesamos los mismos hechos. **En quinto lugar**, la entrega. En el mensaje del Reino de Dios, la confianza alcanza su expresión más profunda en la capacidad de soltar el control absoluto. Esto no significa irresponsabilidad, sino reconocer que hay aspectos de la vida que no podemos manejar. Jesús lo plantea con imágenes simples: mirar las aves del cielo, los lirios del campo. **No es una invitación a la pasividad, sino a vivir sin la ansiedad constante de tener que garantizar todo por nuestra cuenta**. Aquí conviene ser claros: confiar no elimina el dolor ni evita las pérdidas. No es un seguro contra el sufrimiento. De hecho, muchas veces confiar implica atravesar situaciones difíciles sin garantías inmediatas. Pero la diferencia está en la manera de transitar esos momentos. La confianza no cambia siempre las circunstancias, pero transforma a la persona que las vive. También es importante reconocer los límites. Hay situaciones donde la confianza ha sido dañada profundamente —relaciones abusivas, traiciones graves, contextos de violencia— y reconstruirla requiere tiempo, acompañamiento y, en muchos casos, establecer límites firmes. El mensaje del evangelio no pide ingenuidad frente al mal. Jesús mismo fue crítico con la hipocresía y no se exponía innecesariamente a quienes buscaban dañarlo. **La confianza no es ausencia de discernimiento; es su complemento**. En el plano interior, la confianza se relaciona con la identidad. Una persona que no confía en sí misma difícilmente podrá confiar en los demás o en Dios. Pero esta “confianza en uno mismo” no se basa en una autoexigencia desmedida ni en una ilusión de autosuficiencia, sino en el reconocimiento de que somos valiosos, limitados y acompañados. Es una confianza humilde, no arrogante. Desde la perspectiva del Reino de Dios, la confianza también tiene una dimensión comunitaria. No estamos llamados a vivirla en soledad. La fe —entendida como confianza activa— se fortalece en comunidad, en relaciones donde se puede compartir la vida con honestidad. Esto no significa idealizar a las comunidades, que también tienen conflictos, sino reconocer que necesitamos a otros para crecer. En términos prácticos, esto puede traducirse en acciones simples: mantener la palabra dada, pedir perdón cuando corresponde, ofrecer ayuda sin esperar siempre algo a cambio, agradecer lo recibido, reconocer el esfuerzo ajeno. Son gestos pequeños, pero acumulativamente construyen un tejido de confianza que sostiene la vida social. Y aquí aparece un punto clave: la confianza es contagiosa, tanto en sentido positivo como negativo. Un acto de confianza puede generar una cadena de respuestas similares, así como un acto de desconfianza puede multiplicar el recelo. Cada persona, en su ámbito, tiene la posibilidad de influir en esa dinámica. En medio de un mundo que muchas veces parece inclinarse hacia el cinismo, elegir la confianza es casi un acto contracultural. No porque ignore la realidad, sino porque se niega a aceptar que la desconfianza sea la única respuesta posible. Es una forma de resistencia, pero no violenta; una resistencia que construye en lugar de destruir.

Finalmente, la confianza, en su sentido más profundo, está vinculada a la esperanza. No una esperanza ingenua, sino una esperanza arraigada en la convicción de que la vida tiene un sentido que trasciende lo inmediato. El evangelio del Reino de Dios propone precisamente eso: **una visión donde la justicia, la misericordia y la verdad no son utopías inalcanzables, sino realidades que comienzan a manifestarse aquí y ahora, en medio de nuestras limitaciones.** Confiar, entonces, no es cerrar los ojos, sino abrirlos de otra manera. Es ver la realidad completa —con sus luces y sombras— y aun así elegir caminar, elegir construir, elegir creer que el bien es posible y que vale la pena apostar por él. Es una decisión diaria, a veces silenciosa, a veces costosa, pero profundamente humana. Y quizás ahí radique su mayor fuerza: la confianza no necesita grandes discursos para existir. Se expresa en lo cotidiano, en lo pequeño, en lo aparentemente insignificante. En una palabra, cumplida, en una mano extendida, en una sonrisa en medio del cansancio, en una oración sincera, aunque esté llena de dudas. Porque, al final, **confiar no es tener todas las respuestas, sino animarse a seguir caminando aun cuando no las tenemos.** Y en ese camino, descubrir que no estamos solos.

Posted in: Blog, Sin Categoría | | With 0 comments
